

y carecian de cañones, armas de fuego y de todo el aparato bélico que ponía tanta pavora á los bárbaros; careciendo tambien hasta del terror que inspira un hombre victorioso. Pero tenian de su parte la disciplina, una resolucion desesperada y una confianza ciega en su gefe. Este triunfo prueba lo mismo que las victorias de los civilizados europeos, sobre las tribus bárbaras del Asia.

Sin embargo, no todo el buen éxito debe atribuirse á la superioridad de la disciplina y de la táctica, pues la batalla se habria perdido indefectiblemente, á no ser por la muerte del general indio: y aunque la eleccion de la víctima era obra del cálculo, fué obra de la casualidad que él se hubiese venido á las manos á los españoles. Este es, entre muchos, otro ejemplo de la parte que tiene la fortuna en el éxito de las operaciones militares. La estrella de Cortés era entonces propicia; de otra suerte, no habria sobrevivido ni un solo español para contar la angrienta catástrofe de Otumba.

## CAPITULO II.

LLEGAN A TLAXCALLAN.—SON ACOGIDOS AMISTOSAMENTE.—DESCONTENTO DEL EJERCITO.—ZELOS DE LOS TLAXCALTECAS.—EMBAJADA DE MEXICO.

¶(1520.)

A la mañana siguiente dejó el ejército su campamento desde muy temprano: el enemigo no hizo tentativas para volver á emprender el ataque; una que otra partida de flecheros fué la que se presentó en la mañana á respetuosa distancia de los españoles, aunque algunas veces se acercaban á ellos lo bastante para molestarles con sus flechas.

En un terreno algo elevado descubrieron los españoles un manantial, presente algo raro en aquellas áridas regiones, y cuyo sitio recordaban con placer los españoles, por las frescas y copiosas aguas

que en él habian encontrado.<sup>1</sup> Un poco mas adelante descubrieron las toscas murallas que servian de baluarte y frontera á la república de Tlaxcallan. Los naturales de ella, arrojaron al divisarlas una exclamacion de regocijo, del que tambien participaron los españoles al verse cerca de una tierra hospitalaria y amiga.

Mas á este sentimiento siguióse otro de naturaleza muy diversa. Mientras mas se acercaban á Tlaxcallan, mas les inquietaba el temor de la manera con que serian recibidos por un pueblo al cual traian luto y desolacion, y que si estaba desfavorablemente dispuesto contra ellos, podia aprovecharse fácilmente de la angustiada situacion en que se encontraban. "El cual pensamiento," dice Cortés, "nos puso en tanta afliccion, cuanta traíamos viniendo peleando con los de Colhua."<sup>2</sup> No obstante esto, el comandante hizo frente á la dificultad y animó á sus soldados á que confiasen en sus antiguos aliados, cuya pasada conducta era un garante de su

1 ¿Será la misma fuente de que hace Toribio honrosa mencion de su noticia topográfica del país? "Nace en Tlaxcallan una fuente grande á la parte del Norte, cinco leguas de la principal ciudad: nace en un pueblo que se llama Azumba, que en su lengua quiere decir "cabeza," y es así, porque esta fuente es cabeza y principio del mayor rio de los que entran en la mar del Sur, el cual entra en la mar por Zacatula." Hist. de las Ind., MS., parte 3, cap. 16.

2 "El cual pensamiento y sospecha nos puso en tanta afliccion, anta traíamos viniendo peleando con los de Colhua." Relacug. de Cortés en Lorenzana, pág. 149.

futura fidelidad; sin embargo, les previno que puesto que estaban en un estado tan débil, cuidasen de no dar motivo alguno de queja ni de celos á sus engreidos y orgullosos aliados; pero además les encargó que estuviesen apercebidos por si era preciso abrirse paso por entre ellos, con fuertes corazones y brazos vigorosos.<sup>1</sup> Agitados de estos temores dijeron adios á los dominios aztecas y volvieron á pisar el suelo de la república.

El primer lugar en que se detuvieron fué la ciudad de Huejotlipan, de cosa de doce ó quince mil habitantes.<sup>2</sup> Esperábanles ansiosamente estos, y salieron á recibirles á alguna distancia de la ciudad, invitándoles á que tomasen alojamiento en sus casas, y ofreciéndoles todos los auxilios que les dictaba su sencilla hospitalidad. Esta no fué con todo, tan desinteresada que no tuviesen los cristianos que dar en recompensa, parte del rico botin de la última batalla.<sup>3</sup> Allí permanecieron dos ó tres dias, al

1 "Y mas diré que tenia esperanza en Dios que los hallaríamos buenos y leales, é que si otra cosa fuere, lo que Dios no permita, que nos han de tornar á andar los puños con corazones fuertes y brazos vigorosos, y que para eso fuésemos muy apercebidos." Bernal Diaz, cap. 128.

2 Llamado por Cortés, "Gualipan." (Ibid, pág. 149.) Un azteca se habria visto en apuros para trazar el camino de los españoles segun los itinerarios de estos.

3 Ibid, ubi supra. Sin embargo, Thoan Cano que era del ejército niega el hecho diciendo que los tlaxcaltecas les acogieron como á sus hijos y sin querer recibir ninguna recompensa. (V. el Apéndice, parte II, núm. 11.)

cabo de los cuales, habiendo llegado á la capital de la república lo noticia de su regreso, vinieron á recibirles el anciano cacique Maxixcatzin, que tan buen acogimiento les habia hecho desde su primera visita, y el jóven Xicotencatl, el guerrero que mandaba los ejércitos republicanos, cuando los sangrientos encuentros con los españoles. Maxixcatzin al abrazar á Cortés, le espresó todo el profundo sentimiento que le inspiraban sus desgracias: díjole que era una hazaña maravillosa, haber resistido por tanto tiempo al poder confederado de todos los aztecas. "Nosotros," añadió, "hemos hecho causa común con vosotros: ambos tenemos agravios comunes que vengar; y ya en vuestra próspera, ya en vuestra adversa fortuna, estad ciertos de que nos encontrareis vuestros files y leales amigos hasta la muerte." <sup>1</sup>

Esta cordial protesta de amistad, hecha por uno de los que mayor influjo ejercian en la república, algo disipó los temores que agitaban el ánimo de Cortés: aceptó, pues, la invitacion que le habian hecho para que prosiguiese de una vez su marcha hasta la capital donde encontraría mayores comodidades para su ejército, que no en aquella villa fronteriza. Los enfermos y heridos fueron puestos en

<sup>1</sup> "Y para que tuviese por cierto que me serian muy ciertos y verdaderos amigos hasta la muerte," Relac. Seg. en Loreuzana, pág. 150.

hamacas y llevados en hombros de los tamanes. Ya que iban llegando á la capital, salió á recibirles multitud de gentes que llenaban el aire con gritos de júbilo y con los ruidos aceros de sus poco armoniosos instrumentos. Pero entre el júbilo general se escuchaban los ayes y lamentos de algunos desgraciados que buscaban impacientes entre las menguadas filas del ejército, á sus amigos y parientes, y que al no encontrarles, daban rienda suelta á lloros y sollozos que traspasaban el corazon hasta de los soldados mas despiadados. Entre aquella mezcla confusa de gritos de dolor y de placer, que es de lo que está tejida la vida humana, hizo su entrada en la capital de la república, el fatigado ejército de Cortés. <sup>1</sup>

El general y su acompañamiento fueron alojados en el tosco pero espacioso palacio de Maxixcatzint; y el resto de las tropas se alojó en los términos del señorío del cacique. Allí permanecieron varias semanas, hasta que el esmero de los hospitalarios tlaxcaltecas y los remedios que su escasa ciencia qui-

<sup>1</sup> Camargo, Hist. de Tlaxcallan, MS. Bernal Diaz, ubi supra. "Sobrevinieron las mugeres tlaxcaltecas y todas puestas de luto y llorando á donde estaban los españoles: las unas preguntaban por sus maridos, las otras por sus hijos y hermanos, las otras por sus parientes que habian ido con los españoles, y quedaban todos allá inertes: no es menos sino que de estrellanto causó gran sentimiento en el corazon del capitán y de todos los españoles, y él procuró lo mejor que pudo, consolarles por medio de sus intérpretes." Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 28.

rúrgica les dictaba, les curaron de las heridas y les hicieron recobrase de la estenuacion á que les habia reducido sus excesivos é imponderables padecimientos. Cortés fué uno de los que mas sufrieron, pues perdió el uso de dos dedos de la mano izquierda; <sup>1</sup> fuera de que recibió dos heridas en la cabeza, una de las cuales se agravó despues de tal manera con las fatigas mentales y corporales, que llegó á tener un aspecto alarmante: fué preciso sacarle un pedazo de cráneo, <sup>2</sup> á resultas de lo cual sobrevino una fiebre, y el héroe que habia vencido tantos peligros y desafiado tantas veces la muerte, se vió tendido en cama, tan indefenso como un niño; pero al fin su excelente constitucion le hizo sobreponerse á la enfermedad, y llegó á recobrar su antigua actividad. Los españoles recompensaron los servicios de sus huéspedes partiendo con ellos, con política generosidad, los ricos despojos de la

<sup>1</sup> "Yo asimismo quedé manco de dos dedos de la mano izquierda." Son las propias palabras de Cortés en su relacion al emperador (pág. 152.) Pero D. Thoan Cano, cuyas relaciones de familia le hacian tener tantas simpatias por los aztecas como por sus compatriotas, aseguró á Oviedo al oírle lamentar la desgracia del general, que podia escusar su sentimiento, pues Cortés tenia á la hora desta tantos dedés en su mano, como cuande salió de Castilla. (V. el Apéndice, parte II, núm. 11.) No podrá suceder que al decir "manco" quiso dar á entender, "lisiado ó estropeado."

<sup>2</sup> Hirieron á Cortés con honda tan mal, que se le pasmó la cabeza ó porque no lo curaron bien sacándole los cascos, ó por el demasiado trabajo que pasó. Gomara, Crónica, cap. 110.

última batalla; y el comandante español gratificó á Maxixcatzin regalándole el trofeo que en ella habia quitado al general indio. <sup>1</sup>

Pero ya que los españoles iban reparando su salud y sus fuerzas, merced al buen trato de sus aliados, y ya que iban recobrando la tranquilidad de espíritu y la confianza que les habian arrebatado sus últimos reveses, recibieron algunas nuevas que les probaban que su última desgracia no era la que habian sufrido en la capital de México. Al bajar de allí Cortés, cuando venia al encuentro de Narvaez, habia dejado á guardar en Tlaxcallan, cierta cantidad de oro que traia: añadíase á esto una suma considerable reunida por el malogrado Velazquez de Leon, en la espedicion que hizo á la costa, y finalmente, los tributos de algunas otras partes, A causa del alzamiento de la capital, juzgó el general al dirigirse á ella nuevamente, que era mas prudente dejar aquellas sumas bajo la custodia de algunos soldados inválidos, los que luego que se restableciesen debian ponerse en marcha y reunirse en México con el grueso del ejército. Despues llegó de Veracruz una partida de cinco ginetes y cuarenta infantes, los que tomando bajo su custodia á los inválidos y el tesoro, emprendieron su marcha

f <sup>1</sup> Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 13. Berna Diaz, Ibid, ubi supra.

á la capital. Súpose ahora que esta partida habia sido derrotada y que el tesoro se habia perdido enteramente. Otros doce soldados que iban con el mismo destino habian sido asesinados en la provincia de Tepeaca; y á este tenor se recibia noticia continuamente, de algunos desgraciados castellanos, que fiados en el respeto que hasta entonces se habia guardado á sus compatriotas, é ignorando por otra parte, la catástrofe de la capital, habian sido víctimas del furor de los indios.<sup>1</sup>

Estas funestas nuevas llenaron el ánimo de Cortés de temores por la suerte del destacamento de Villa Rica, último asilo de su esperanza. Envió al punto á esta plaza un mensajero de confianza; y tuvo la satisfaccion de recibir en contestacion una carta de aquel comandante, en que le participaba no solo que la colonia estaba salva, sino las amistosas relaciones en que habia entrado con los totonacas, pueblo de las inmediaciones. La mejor garantía de la fidelidad de estos aliados era el agravio indelible que habian inferido á los mexicanos.

Al paso que los negocios de fuera tomaban este

<sup>1</sup> Relac. Seg., ubi supra. Oviedo, Hist. de las Ind., MS. lib. 33, cap. 15. Herrera trae la siguiente inscripcion que se encontró grabada en la corteza de un árbol: "por aquí pasó Juan Juste con sus infelices compañeros, que estaban tan acosados por el hambre, que tuvieron que dar una barra de oro maciso que pesaba ochocientos ducados, por unas cuantas tortillas de maiz. Hist. General, ubi supra.

triste aspecto, el descontento del ejército ofrecia al general otro motivo no menos sério de afliccion. Muchos de los soldados se habian imaginado que la espantosa catástrofe de la noche triste, pondria término á sus padecimientos, ó por lo menos alejaria toda idea de volver por ahora á insistir en la conquista; pero vieron cuán distante estaba Certés de pensar de esta suerte. Aun tendido en el lecho de dolor, estaba revolviendo sin cesar en su mente nuevos planes para vengar su honor y recobrar los dominios que habia perdido, con menoscabo de otro dueño mas bien que de él mismo. Estos planes luego que entró en convalecencia quedaron de manifiesto, tanto por el arreglo que hizo del ejército, como por las órdenes que envió á Veracruz, pidiendo nuevos refuerzos.

La noticia de todo esto ocasionó grande inquietud entre los descontentos, que en su mayor parte eran de los de Narvaez, quienes como hemos dicho, habian llevado la peor parte de la guerra. Muchos de ellos poseian tierras en las Islas, y solo habian entrado en la espedicion llevados de la codicia; pero no alcanzaron en México ni prez ni fama. Los pocos, comparativamente, que habian sobrevivido, no podian soportar sus actuales trabajos, suspiraban por volverse á sus ricas minas y alegres quintas de Cuba, y lamentaban amargamente el momento en que las habian dejado.

Viendo que el general hacia poco caso de sus quejas orales, resolvieron hacer por escrito una representacion en toda forma. Hacian ver lo temerario que era persistir en la empresa, encontrándose tan faltos de armas, de municiones y casi hasta de gente; y esto, para pelear con un enemigo pujantísimo y que era capaz de contar aun con mas recursos de los que habia desplegado ahora últimamente: pensar en esto era locura: intentarlo, era ir ellos mismos á la piedra de los sacrificios: el único partido que les quedaba era irse á Veracruz. Cada momento de tardanza era fatal: la guarnicion de esta plaza estaba próxima á sucumbir por la falta de uerzas para resistir; con lo que quedaria destruida hasta la última esperanza: ademas que allí podian aguardar con mayor seguridad los refuerzos que llegasen de fuera; ó en un avento desgraciado escaparse fácilmente. Concluian insistiendo en que se les permitiese volverse al instante á Villa Rica. Esta peticion, ó mejor dicho protesta, estaba firmada por todos los descontentos y despues de autorizada por el notario real, le fué formalmente presentada á Cortés.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Esto recuerda la representacion del mismo género que hicieron á Alejandro sus soldados, al llegar á Hystaspis; y que fué seguida, como era natural, de mejor éxito. Alejandro iba por saciar su inextinguible sed de conquista; mientras que Cortés trataba únicamente de no abandonar su comenzada obra: lo que en el uno era insensatez, era heroísmo en el otro.

Aquel momento fué de prueba para él. Lo que mas le pudo fué ver en el encabezamiento del papel el nombre del secretario Duero, á cuyos buenos servicios debia el haber logrado el mando del ejército. Sin embargo, no por esto vaciló ni un momento en su propósito. Aunque los recursos de fuera se le escaseaban y aunque le abandonaban sus amigos, él se bastaba á sí mismo. Conocia que retirarse á Veracruz era abandonar la conquista: que una vez allí, el ejército encontraria pretextos y oportunidad para volverse á las islas: que todos sus planes de ambicion iban á quedar desbaratados: que iba á escapársele para siempre la codiciada presa que ya habia tenido entre las garras: que era, en fin, hombre perdido.

En su famosa carta á Carlos V, dice que reflexionando en u situacion, recordó entonces el antiguo adagio español que dice que "la fortuna ayuda á los audaces," y que siendo cristiano confiaba en la infinita bondad y misericordia de Dios, que no permitiria que pereciesen y quedase aquella tierra en poder de los infieles; <sup>1</sup> que por lo tanto, resolvió no bajar á la costa y aventurarlo todo, retrocediendo y atacando de nuevo al enemigo en su misma capital.

En el mismo tono resuelto contestó á los descon-

<sup>1</sup> Relac. Seg. en Loreazana, pág. 152.  
TOMO III.

393

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO